

La iluminada

Claudia Guillén

Para Gabriela Vallejo Cervantes, por su conmovedora generosidad.

Ni por un instante había cesado el murmullo de la gente junto al portón del convento. La noche era cerrada, contundente, dispuesta para la ocasión. De las gargantas salían rezos y algunas maldiciones contra aquella muchacha. Dicen que vino a buscar a una mujer, y luego se fue quedando. Sí, yo la vi cuando llegó. La muy mustia, parecía que no rompía ni un plato. Quién nos iba a decir lo que traía adentro.

Apenas se veían sus muñecas: sangrantes, ceñidas por un grueso mecate que les daba doble vuelta para luego extenderse tenso hasta sus pies. Alumbraban la habitación algunas velas dispuestas en las esquinas. Las pequeñas rendijas en los muros de piedra se encontraban en lo alto y mantenían la iluminación inmóvil, pero también el aire, por lo que los humores de quienes pasaban por ahí se quedaban estancados. Por momentos le venían sofocos a Amaranta. En el lecho su cuerpo exhausto parecía un bulto cubierto por la bata que alojaba sus sudores. Agotada, los huesos le dolían por los azotes recibidos día tras día durante semanas. Tenía sed. Con sus últimas fuerzas aún suplicaba que la soltaran, mientras en su cabeza se revolvían pensamientos del presente y del pasado: las imágenes de Isabela y su tía Carlota, las constantes ausencias y presencias de su vida, el día en que el médico le diagnosticó una epilepsia atípica y el sonido de las voces que iban y venían dentro de su cerebro desde la niñez. El cansancio la venció, y fue entonces que cerró los ojos para entrar en una suerte de sueño que la remitía a tiempos pasados.

La mañana que tomó el camión que la llevaría al convento donde se encontraba Isabela, supuso que cualquier lugar era mejor que estar junto a la mujer que la había criado. Al bajar del vehículo se encontró con una ciudad chica, poblada por casas de paredes deslavadas con techos de teja. El olvido parecía haberse adueñado de ese pueblo, donde los perros deambulaban sin miedo y las personas veían fijamente desde su puerta a

quienes pasaban por la calle. Al sentir la impertinencia de aquellas miradas, Amaranta agachó la cabeza y empezó a mover los labios sin emitir sonido. Caminó varios minutos sin rumbo fijo, hasta que se topó con una mujer que le dio las señas para llegar al convento. Las campanadas de la iglesia le indicaron que iba por buen camino; sonaban una y otra vez pero, a diferencia de las voces que crecían y decrecían en la mente de la joven, suspendieron sus tañidos.

El convento era una fortaleza religiosa con grandes muros de piedra tapizados de musgo. Del portón pendía una cadena. Amaranta la jaló varias veces para llamar, sin que nadie acudiera a abrir. Llegó a pensar que el sitio estaba abandonado y que Isabela ya se había ido de ahí, cuando una mujer de expresión fría y la cabeza cubierta con un trapo blanco le abrió. Vengo a buscar a mi amiga Isabela. Se recluyó con ustedes hace poco más de dos meses. Con un ademán seco, la portera le indicó que se sentara y fue a avisar a la madre rectora. La muchacha esperó largo rato, observando cómo los naranjos y los nogales se extendían hacia arriba y a los lados hasta proyectar una inmensa sombra que envolvía su cuerpo menudo y lo transformaba en una figura etérea. La portera volvió. La madre Sofía iba a recibirla. Cruzaron un corredor de mosaicos rojos hasta entrar en una estancia donde la rectora la esperaba frente a un escritorio, al pie de una gran cruz que mostraba el sufrimiento de Cristo. Me dicen que buscas a Isabela. Ella no puede atenderte; está en un retiro de silencio. No sé si quieras esperarla, dijo con un tono que se asemejaba a la inocencia. Inquieta, Amaranta contemplaba, moviendo los ojos de un lado a otro, la imagen dolorosa del hombre crucificado. ¿Me escuchas, muchacha? El tono de la pregunta, autoritario, muy semejante al de la tía Carlota, provocó que un escalofrío se le untara a Amaranta en el cuerpo. Asintió con un ligero movimiento de cabeza. La madre Sofía volvió a preguntar, mirándola fijamente: ¿Y bien? Entonces la



L. Rodríguez, *Keepin the Faith*, 1993

muchacha apartó la vista del Cristo y bajó la cabeza. Su cuerpo se balanceaba en pequeños movimientos pendulares mientras estrujaba sus manos sudorosas, como si al hacerlo la angustia fuera a desaparecer. ¿Qué? ¿No tienes a donde ir? No, señora. La voz enronquecida de Amaranta sonó en la habitación como un hilo delgado que por momentos se enredaba sobre sí mismo. La madre sonrió satisfecha. La cosa, muchacha, es que llegas justo a tiempo. Necesitamos a alguien que nos ayude con los quehaceres del convento, las ventas que hacemos en los alrededores y lo que vaya saliendo. A cambio te ofrecemos comida y techo en este espacio bendecido por Dios.

“Comida y techo”, repitieron con insistencia sus voces en un eco burlón. Amaranta no respondió. Sacudió la cabeza para enmudecerlas y sonrió ella también mientras la monja se le quedaba viendo entre curiosa y desesperada. Por alguna razón estas palabras la hicieron recordar aquel accidente donde sus padres habían muerto y ella había sobrevivido de milagro. Pocos días después del entierro fue cuando las voces aparecieron, entremezclándose en su cerebro. Amaranta, no estás sola. Nunca te abandonaré. Yo sí. Yo también. ¡Silencio! ¡No nos calles! Eres una huérfana, ¡pobrecita de ti! Te dejaron sola. Estás sola. No, no lo estás. Nunca te abandonaré-

mos... Era el barullo de una turba incontenible: gritos y susurros que chocaban entre sí, sin posibilidad de reconciliarse. Al principio el desconcierto se manifestó en el pecho de Amaranta. No obstante, poco a poco se acostumbró a lidiar con sus demandas y, con el paso de los años, fue desentrañando el sentido de esas palabras. Llegó a creer que su cuerpo contenía a diferentes personas, unas buenas, otras malas, otras burlonas.

Una anciana, cuya única obsesión era cuidar cada centavo que caía en sus manos, fue quien rescató a la niña de la orfandad. No hubo cariño de por medio. El motivo de su gesto fue apropiarse de la herencia de Amaranta. La tía Carlota era una solterona malhumorada que trasladaba su cuerpo enjuto usando vestidos de tela barata hasta los tobillos cubiertos por unas medias enrolladas. Tenía una voz ronca que constantemente cortaba una tos flemosa. Desde que llegó a casa de su tía, Amaranta se refugió en un estado de contemplación. Sufría con frecuencia evasiones que la sorprendían mientras realizaba sus tareas domésticas; parecía dormirse pero, más que una pérdida del sentido, soñaba con los ojos abiertos con una realidad distinta. Era como si su espíritu, liberado por un momento, o a veces por horas, se transformara en una apariencia abstracta que ascendía a un mundo lejano y misterioso.

¿Cuánto lleva de ayuno? Desde que empezó la penitencia, padre. Tres semanas. En los últimos días ni siquiera le hemos dado agua.

Al verla en uno de esos trances, más largo que los habituales, la tía Carlota llamó a un médico, quien dijo que posiblemente se trataba de ataques epilépticos, aunque no presentaba los síntomas característicos de la enfermedad. La niña no se agitaba, ni echaba espuma por su boca. Aunque sus ojos se salían de sus órbitas, en su mirada no había la fijeza característica de los epilépticos. Sus miembros estaban relajados, no rígidos, y su rostro mostraba una expresión de éxtasis y arrebató difícil de explicar. Podría decirse, concluyó el médico, que se trata de una epilepsia benigna, un estado de sonambulismo parado, estacionario. De veras que eres extraña, le decía la vieja mientras se fumaba un cigarro de hoja. Ponte a jugar, o haz algo más que estar todo el tiempo mirando por esa ventana y hablando sola como una loca. Todavía no estás en edad. Eso déjame a mí.

Mientras el padre Sergio acariciaba su pelo, Amaranta abrió los ojos en aquella penumbra acompañada de rumores. Sólo es una jovencita, es cierto, pero de cualquier manera hay que salvarla del demonio. Las monjas, juntas, casi pegadas unas con otras por el miedo, se persignaron mientras el sacerdote hablaba. ¿Cuánto lleva de ayuno? Desde que empezó la penitencia, padre. Tres



Vincent van Gogh, *Pietà*, 1889

semanas. En los últimos días ni siquiera le hemos dado agua. Ya ve que ni con los azotes se deshizo de Lucifer. No importa, recuerden que la mortificación de la carne es el principio para alcanzar la purificación del alma. El pueblo sabe que estamos sometiendo al Enemigo. No interrumpen las oraciones. Vuelvo en un rato. El padre Sergio abrió la puerta; después de recorrer los pasillos angostos y de techos bajos salió del convento. Saludó indiferente a los indios que se cruzaban en su camino al templo, mientras pensaba que aquel era un pueblo abandonado de la mano de Dios. Pocas calles estaban pavimentadas y el viento permitía que la tierra se moviera sin ningún orden, empolvando todo lo que se atravesara delante de ella. El poblado se ubicaba en una zona minera extinguida años atrás y ahora vivía poca gente en él, además de aquellas monjas aferradas al sitio que Dios les había otorgado como lugar en el mundo.

Amaranta continuaba soportando la agonía que le había impuesto su redentor. Sus pensamientos no eran claros, el cansancio no vencía la angustia. Su garganta no dejaba de emitir ligeros quejidos y, por momentos, algunas frases incoherentes. En ocasiones la desesperación se alejaba de ella, mas la continua presencia de esas voces mezclándose con los rezos y comentarios de las monjas no le daba ningún descanso. Mírala, así de calladita hasta parece otra. Pero no hay que confiarse, hermana. Acuértese de que casi mata a la madre Sofía. No, si los caminos del Señor son inciertos. Nosotras pensábamos que nos la había mandado para aliviarnos las fatigas, y ahora esto. La confusión de Amaranta crecía. Cerró los ojos para enfrentarse a la oscuridad de sus párpados mientras se sacudía tratando de alejar las palabras que resonaban en su mente. Eres una pobre idiota. Esto y más te mereces. Déjala, ella no tuvo la culpa. ¡Idiota! ¡Mira cómo estamos! Ella hizo lo que le ordenaste. Esto y más te mereces. Que la dejes. Viniste a acabar con las brujas beatas, mustias, estúpidas. No le hagas caso, niña. Duerme. Trata de dormir.

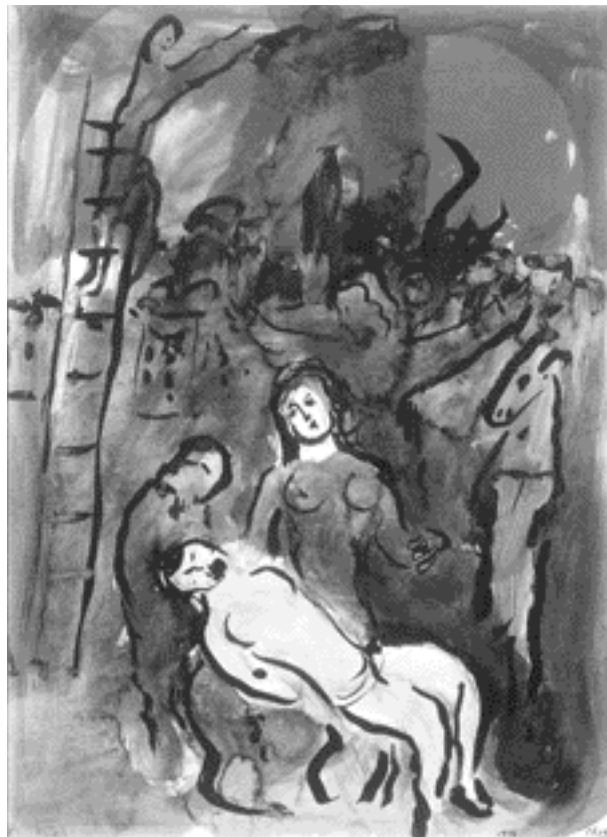
La ventana. Esa ventana que le permitía ver el exterior, el movimiento de la gente por la calle, los árboles frondosos o desnudos según la temporada, el anuncio panorámico en rojo y negro cuyas frases variaban según el estado de ánimo de Amaranta, frases que sólo ella podía distinguir y que para los demás permanecían ocultas

tras el cromatismo encaminado a resaltar las bondades de un refresco. La ventana no le exigía nada y a cambio le ofrecía fugas momentáneas de ese departamento donde se respiraba un aire de tiempos idos, como si ahí la vida se hubiera estancado años atrás. En el espejo de la sala, Amaranta observaba con serenidad sus ojos grandes y oscuros, la nariz pequeña y sus labios carnosos, como los de una mujer mayor. Se recogía el pelo y con él aplastaba sus orejas, intentando no escuchar las impertinencias de su tía. A su alrededor, los muebles, los objetos, los cuadros en las paredes tenían el mismo tono gris del polvo. Sin embargo, Amaranta pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en su cuarto, junto a la ventana, entregada a las instrucciones que el anuncio le dictaba.

“Comida y techo”. Las voces volvieron de súbito. No seas estúpida, aquí te van a tratar peor que antes. Quédate, ¿a dónde más piensas ir? Para mí cualquier lugar es bueno. Mira a esa bruja beata. Deshazte de ella. Sal ahora mismo de aquí. Vete. Vete ya... Amaranta resolvió aceptar el ofrecimiento de la madre Sofía. Agarró el pequeño bulto que había dejado en el piso y preguntó por dónde tenía que comenzar. Por darte un baño. Recuerda que la limpieza del alma se acompaña con la limpieza del cuerpo, y el tuyo se ve bastante sucio. Efectivamente, no se había cambiado de ropa en días. El negro de su pelo resplandecía de grasa y su cara lucía pálida, como la de una muñeca sin color. Antes de salir se detuvo a mirar la imagen de Cristo. Caminó por un largo pasillo con ese recuerdo y anheló quedarse a vivir en el convento: ahí se hallaba su amiga. Una anciana de gesto apacible le designó una habitación sin ventanas, sofocada por la humedad, en donde había una cama maltrecha y, encima de una mesa, un rosario de madera, un devocionario y un quinqué. ¡Mira este cuchitril, estúpida! A mí me gusta más que donde vivíamos antes. A mí no. Sácanos de aquí. Quédate. Viniste a acabar con las brujas beatas.

Cierto día, un departamento del edificio que llevaba meses desocupado amaneció con nuevos inquilinos, entre ellos una niña de la misma edad que Amaranta, Isabela, quien corría por los pasillos a toda hora, siempre cargada con objetos ruidosos que despertaban el enojo de la tía Carlota. La presencia de los nuevos vecinos le sirvió a Amaranta para establecer un contraste con su propio mundo y le permitió adentrarse en otras sensaciones. Ahora a las voces de su mente se unieron otras distintas, las de los demás, que también llegaban a sus oídos. No pasó mucho tiempo para que Amaranta e Isabela se hicieran amigas. Las risas de una se mezclaban con la timidez de la otra, y parecía como si sus diferencias las vincularan aún más.

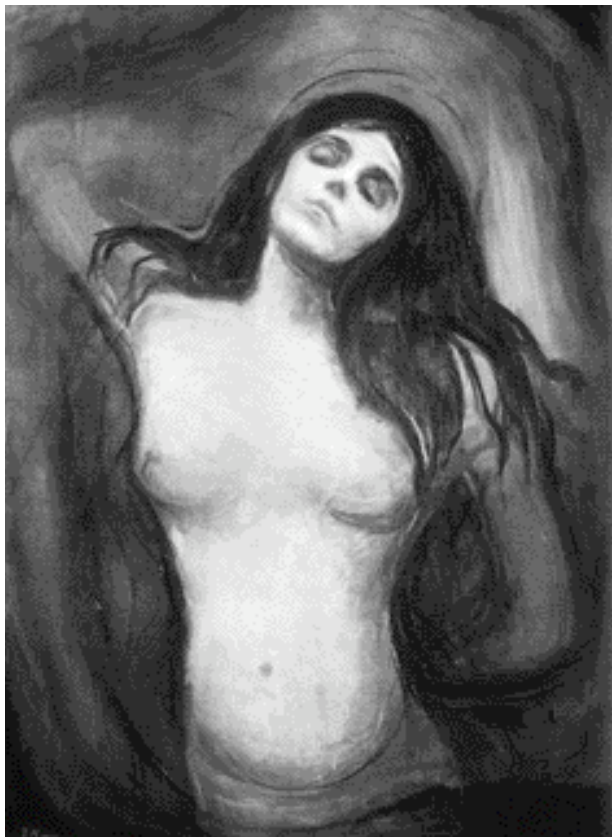
¿Sabes, Isabela?, desde que me quedé huérfana escucho voces que me dicen lo que tengo que hacer. ¿A ti nunca te pasa? No, yo sólo oigo los gritos de mi mamá



Marc Chagall, *The red Pietà*, 1956

cuando se enoja. ¿Pero qué te dicen esas voces? Que haga muchas cosas. Pues mejor no les hagas caso, porque si no, voy a dejar de ser tu amiga. Amaranta, afligida, le contestó que así lo haría, y no volvió a mencionárselas a Isabela ni le habló de las frases que leía en el anuncio del refresco. Transcurrieron los años. Vivieron juntas la pubertad y luego la adolescencia, aunque Isabela decidió dejarlo todo un buen día para dedicarse a la religión. El convento de un pueblo lejano fue el lugar que eligió para pasar el resto de su vida, o por lo menos así lo pensó en ese instante. Llena de alegría, comentó su decisión con Amaranta. Por fin encontré mi camino, seré monja. Amaranta observaba con tristeza los ojos cafés de su amiga. En ellos reconocía la risa franca que nunca se había interrumpido. La abrazó fuertemente, llorando, y le suplicó que no la olvidara. Dos meses más tarde, recibió una carta donde Isabela le decía que, si bien la vida en el convento era tal como había esperado, ya no estaba segura de permanecer mucho tiempo ahí.

En medio de su agonía, Amaranta pidió que llamaran a Isabela. Una monja le dijo que había dejado el convento días atrás. Entonces se sintió perdida. Fulminó con una mirada perturbada a las religiosas a su alrededor y con debilidad intentó liberarse de sus ataduras nuevamente. El padre Sergio entró al cuarto alzando un crucifijo y exclamó: Esta muchacha ya no tiene remedio. El Diablo nos ha ganado la partida. La posesión se ha consumado a pesar de nuestros esfuerzos. “El Diablo ganó”, la frase dio vueltas en la cabeza de Amaranta



Edvard Munch, *Madonna*, 1894-1895

una y otra vez, y sólo entonces se convenció de que así había sido desde que era niña. Sí, Lucifer tenía la culpa. Había metido a esas personas ajenas a su cuerpo. Las hacía hablar continuamente. Seguro las órdenes provenían de él. La muchacha abrió la boca y en algo semejante a una arcada las voces fluyeron con libertad, chillonas, graves, infantiles, oscuras, enredadas unas con otras. Las monjas apretaban el rosario y murmuraban plegarias al cielo con ojos vidriosos. El padre Sergio, desbordado por las blasfemias, los insultos y hasta las frases llenas de ternura que salían de la muchacha, ordenó que la sometieran a una dura penitencia que iba desde azotes hasta un ayuno seco.

Una semana duró esta lucha. La muchacha no se rendía, a pesar de que las cavidades de sus ojos se habían profundizado y sus pómulos destacaban como dos guantes deformándole el rostro. Sólo se tranquilizaba al entrar en un sopor pesado y toda su energía parecía concentrarse en el ronroneo de su pecho que retumbaba en las paredes.

Los días pasaban y Amaranta cumplía con sus tareas, hasta que se desvanecía para adentrarse en sus acostumbrados estados de ensueño. Las monjas pensaron, al principio, que se debía a la debilidad, pero no hallaban explicación para los susurros que apenas distinguían, como si la muchacha le contestara preguntas a alguien que ellas no eran capaces de ver ni de oír. Isabela nunca salió de su encierro, y siempre que Amaranta preguntaba por ella le respondían con evasivas o le daban largas. La

esperanza de ver a su amiga poco a poco se extinguía en ella. Las voces, aprovechando su desconcierto, se le incrustaron en el cerebro como un cangrejo que la atormentaba día y noche. Pasaron por distintos estados de ánimo. De las risas a las demandas, y después a los gritos. ¡Sal de este maldito lugar! ¡Nos estás ahogando y así te van a ahogar a ti!, le decían despierta y dormida. Bajo sus ojos se acentuaban grandes ojeras, las manos le temblaban continuamente. Al hacer las entregas, llegó a tirar las galletas y el rompope, para después salir corriendo como poseída de las casas a donde había ido a vender. Los comentarios sobre su extraño comportamiento comenzaron a correr en el pueblo. Esa muchacha cada vez se mira peor. Asusta nada más de tenerla enfrente. Primero las mujeres la consideraron un ser extraño y la trataban como a una enferma. Luego, poco a poco, casi toda la gente se acercaba a ella con miedo. Sólo los indígenas la miraban con ese respeto religioso que suscitan los iluminados. Tal vez la habitaba un espíritu benigno, o bien era una mujer que estaba más cercana del Enemigo que cualquier otra criatura; acaso su continuo quedarse absorta, aquel moverse y gesticular como si fuera sorda y ciega, revelaba que veía cosas nunca vistas, que oía palabras que nadie más podía escuchar. Los rumores no tardaron en llegar a la superiora del convento, quien la mandó llamar de inmediato. Muchacha, me dicen que estás tratando mal a la gente, que no haces bien tus quehaceres y que no entregas bien tus cuentas. Nosotras te ofrecemos un hogar. ¿Por qué no cumples con tus obligaciones? ¿Qué es lo que te está pasando? Amaranta ni la miraba. Sólo rumiaba una serie de frases incoherentes a modo de respuesta, mientras observaba el piso para que la monja no leyera en sus ojos la lucha que sostenía en su interior. ¡Muchacha malagradecida! ¡Te estoy hablando! ¿Qué no oyes? Y sí, sí la escuchaba, pero también oía las voces que peleaban entre sí, unas pidiéndole que huyera, otras que acabara de una buena vez con la bruja beata explotadora que tanto las atormentaba con su voz ronca semejante a la de la tía Carlota. Sorpresivamente, Amaranta se lanzó sobre la religiosa apretándole el cuello como si se tratara de una gallina que debía sacrificar. La superiora manoteaba y sus gritos ahogados se escucharon por los pasillos del convento. Entraron varias monjas y sujetaron a Amaranta con fuerza. Ella las miraba con los ojos muy abiertos, pero vacíos de expresión. Las voces le pedían que se deshiciera también de sus captoras, mas ya no tuvo fuerza y cayó al piso sin sentido.

Ya que se fue esa muchachita loca ya estarás tranquila, decía la tía Carlota. Era un verdadero demonio de niña, y ahora resulta que se va a hacer santa. ¿Quién entiende este mundo? Un fuerte ataque de tos interrumpió su perorata y Amaranta lo aprovechó para irse a su cuarto. Se había ido convirtiendo en una mujer extraña al

Con un balbuceo, Amaranta pidió un poco de agua. Nadie se apiadó y la dejaron llena de sed.

mundo de los sentidos; extraña, quizás, a la vida humana. Su insensibilidad por el entorno que la rodeaba se alojaba en una especie de indiferencia por el mundo moral, el de los sentimientos, de los afectos. No era egoísmo, sino una sublime inocencia: un desapego absoluto de las cosas y de los seres. Nada la conmovía. No estaba nunca ni triste ni contenta. Sólo absorta, ausente. Frente a la ventana, mientras miraba la calle, las voces la aturdíán. Esa tarde leyó en el anuncio: *Tienes que ir a buscar a Isabela. Ya no estés sola. Deja a la vieja y ve al convento.* Llegó la noche. Un largo sueño la introdujo en un camino plácido, silencioso, que evocaba una tranquilidad inusitada. Se levantó antes del amanecer. Tomó sus cosas y salió de la casa con objeto de alcanzar a su única amiga antes de que desapareciera de su vida como los demás. Dejó una nota sobre la mesa del comedor para despedirse de su tía y del lugar donde se habían consolidado sus temores.

Aparte del sacerdote y las religiosas, sólo algunos notables del pueblo fueron convocados a atestiguar el castigo que redimiría a aquella víctima de Luzbel. Con ostentosa rudeza, cuatro monjas robustas la desataron de la cama para llevarla en andas al comedor, donde sobre la mesa habían colocado una gran cruz de madera basta. Al entrar Amaranta, la gente guardó silencio y se persignó. La extendieron sobre el puntal, la monja anciana de gesto bondadoso la despojó de su vestimenta dejándola sólo con la prenda que cubría su sexo, y dos hombres le abrieron los brazos sobre el travesaño. Ninguno de los presentes dio muestra de conmoverse ante ese cuerpo torturado y frágil: las costillas resaltadas, las cicatrices en sus pechos y piernas, las marcas del ayuno, los moretones. Con precisión de relojero, el padre Sergio clavó con alcayatas sus muñecas y el empeine de sus pies descalzos sobre los maderos. Amaranta no sentía dolor, ni miedo. Tan sólo advertía que sus verdugos hacían aquello para mortificarle aún más el cuerpo, con el fin de expulsar a las voces de su cabeza. En el instante en que la izaron, sintió un ardor intenso en brazos y pies, la carne de sus axilas pareció desgarrarse y sus cuerdas vocales perdieron fuerza.

En el silencio espeso que inundó la habitación, Amaranta presintió el estremecimiento de los testigos al per-

catarse de que algo extraordinario acontecía en ese espacio. Parecía que aquella joven había caído a la cruz desde una inconmensurable altura hasta quedar con los brazos abiertos y los pies uno encima del otro. Tan sólo los ojos se movían en ese estático rostro, y lo hacían con rapidez, como deslumbrados por una luz intensa. Con un balbuceo, Amaranta pidió un poco de agua. Nadie se apiadó y la dejaron llena de sed. En su mente las voces perdían volumen. Se escuchaban cada vez más lejanas, hasta que cesaron por completo.

A la mañana siguiente unos cuantos policías entraron al convento, abriéndose paso entre las personas que se agrupaban frente a la cruz como si asistieran a un gran espectáculo. Todos murmuraban sobre la muchacha, sólo algunos rezaban por ella mientras contemplaban el cuerpo inerte, con el vientre hundido y la piel pegada a los huesos, adherido a aquella cruz con tres alcayatas oxidadas. No hubo mayores pesquisas. El sacerdote, las religiosas y los notables, con la satisfacción del deber cumplido, alegaron justicia divina. Sin embargo, los indígenas, al intuir que traía consigo una luz misteriosa, la recordarían siempre como la Iluminada. **U**



Anónimo, *Mary in China*, siglo XX